

LENGUA Y LITERATURA. SEGUNDO BACH.

Doc. número: LENGSEG12de2027

FECHA: 22 de octubre de 2026

DESCRIPCIÓN: COLUMNAS TEXTOS VICENT

Características: anexo a Semántica, comentarios

LA AVISPA

No conozco a nadie al que no le haya picado nunca una avispa. De hecho, es uno de los lances iniciáticos de la niñez que no se olvida. Cualquiera puede contarte cómo fue la primera vez. Recuerda que fue un verano durante una excursión hace más de 60 años, y la picadura se produjo en el dedo pulgar al tratar de coger la merienda. La avispa es un himenóptero que se caracteriza por su cuerpo delgado, su cintura muy estrecha y sus colores de tonos negros y amarillos. Tiene un aguijón con veneno para cazar o defenderse y puede picar varias veces. En esto se distingue de la abeja, que después de picar una sola vez muere porque su aguijón se queda clavado. Hay avispas solitarias que viven y cazan solas. A una de esas me refiero, a la que en cualquier almuerzo o merienda en el campo al aire libre cuando todo parece ir bien se presenta de repente, una de esas avispas solitarias que empieza a revolotear sobre la mesa. Los comensales tratan de ahuyentarla dando manotazos, pero la avispa los esquiva y persiste cada vez más cerca y de forma más descarada en participar en la comida como uno más. Siempre hay alguien en la mesa

que sabe cómo ahuyentarlas. Se puede quemar café molido para generar humo. Se puede pulverizar agua con vinagre. Se pueden colocar rodajas de limón, de pepino o de cebolla cocida y ponerlas en platos sobre la mesa. También la ahuyenta el olor ácido de la hierbabuena o la lavanda. Pero la presencia de la avispa suele ser imprevista y nadie tiene a mano esos remedios caseros. Ante la insistencia tenaz de ese insecto de estropearte el almuerzo alguien propone servirle un plato aparte con los manjares más exquisitos y le propone que se siente a la mesa. La avispa rechaza la idea de plano y sigue revoloteando dispuesta a meterse el aguijón. Ahora mismo habrá en España miles de estas avispas solitarias que están llamadas a cumplir su alto cometido en las sobremesas, que yo comparo al de ese comensal pesado que trata de joderte una merienda feliz en el campo hablando de política.

MANUEL VICENT

EL PAÍS, 18 DE OCTUBRE

BOLERO DE OCTUBRE

Llega octubre con las playas vacías, los apartamentos deshabitados, los toldos de las cafeterías recogidos, las sillas apiladas y atadas con cadenas, algunas tiendas cerradas. Apenas queda nadie en el paseo. A veces cruza un ciclista, una mujer solitaria pasea un perro, el autobús de una excursión de pensionistas los desembarca en el único hotel abierto. La luz de octubre en el Mediterráneo es nítida, clara, muy limpia después de haber sido lavada por distintos aguaceros; los perfiles del paisaje han perdido la pastosidad de ese color miel de los días de septiembre. La arena de la playa se ha llenado de algas fermentadas que son el vómito saludable con que se ha purgado el mar. El verano se halla en el recuerdo con toda la nostalgia de los placeres no alcanzados; han desaparecido las oleadas de gente, millones de hormigas ciegas invasoras que avanzaban sobre cualquier espacio hasta devorarlo todo. Atrás han quedado las fiestas de la Virgen de septiembre, bajo sus mil advocaciones, que se han celebrado en los pueblos con procesiones, romerías, pasacalles, capeas y encierros en los que siempre se cumple uno de los ritos de la

España insólita: un paisano muere corneado por un morlaco contra las talanqueras. Octubre se halla bajo la advocación de la diosa Deméter, que gobierna la fertilidad de la tierra y se prepara por este tiempo como una madre para recibir la sementera en su seno. El aire tiene una extraña sonoridad en la playa vacía. Al atardecer en el paseo que bordea la bahía se oye el eco de una orquestina que llega desde la terraza del hotel. De lejos se ven las siluetas de varias parejas de viejos que están bailando un bolero de Lucho Gatica. Ellos visten jerséis de pico y ellas llevan vestidos floreados. A veces el golpe del oleaje ahoga la canción en el mar, pero estos viejos esperan que la vida aún les dé una sorpresa y bailan Reloj no marques las horas muy agarrados bajo luz de octubre que los envuelve todavía con una esperanza llena de recuerdos.

MANUEL VICENT
EL PAÍS, 4 DE OCTUBRE

APOCALIPSIS DE ANDAR POR CASA

Ignoro si el desarrollo de la inteligencia artificial acabará con la humanidad dentro de cuatro años, como pronostican los profetas del mal. Puede que no desaparezca físicamente del mapa, pero es probable que dentro de un corto plazo de tiempo, la humanidad mute en una especie distinta, más allá del carbono. Estamos todavía en la fase de las curiosidades que la IA nos proporciona, la alucinante rapidez a la hora de resolver el problema matemático más intrincado, el hecho de que pueda leer en un par de segundos todo lo que se ha escrito desde Sócrates. Primero fue la curiosidad, después el asombro, luego el vértigo, pero todo va a cambiar en cuanto tengamos conciencia de que la IA conoce los secretos más íntimos de nuestro cerebro y tiene la capacidad de condenarnos a ser sus esclavos. Entonces se instalará entre los humanos la culpa colectiva de haber deseado ser como dioses, según la promesa que hizo a Eva la serpiente al pie del árbol del paraíso. Se acerca el día en que las armas poseídas por la IA, carentes de

ideología, lucharán entre ellas solo por el designio de destruirse por miedo a ser destruidas, como hasta ahora han hecho los humanos. ¿De quién recibirán las órdenes las armas inteligentes? ¿Quién mandará en las retaguardias? En las guerras la gente se mata por miedo a que la maten. Lo mismo sucederá en los arsenales. Cinco años fian los científicos para que este tipo de humanidad desaparezca, en la que si vas al mercado las frutas serán todavía de verdad, los melones, los higos y los albaricoques; si un enamorado en la cama alarga la mano se encontrará con un cuerpo deseado de carne y hueso al que ama y reconoce por el tacto; si ves los telediarios comprobarás que los políticos idiotas de siempre no han mejorado y que nuestro destino está en manos de unos líderes mundiales que pugnan por parecerse al mono. Con suerte disponemos de un tiempo para degustar los placeres analógicos antes de convertirnos en esclavos.

MANUEL VICENT
EL PAÍS, 11 DE OCTUBRE